

Conflictividad social en Argentina en la década del noventa: un abordaje sobre las herramientas teórico-metodológicas.

Pablo Romá.

Cita:

Pablo Romá (2011). *Conflictividad social en Argentina en la década del noventa: un abordaje sobre las herramientas teórico-metodológicas*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/140>

IX Jornadas de Sociología de la UBA
Capitalismo del Siglo XXI, Crisis y Reconfiguraciones. Luces y Sombras
en América Latina

Conflictividad social en Argentina en la década del noventa: un abordaje sobre las herramientas teórico-metodológicas.

Autor: Pablo Romá (UNLP)

email: pabloroma81@yahoo.com.ar

Resumen:

En el marco de la ofensiva neoliberal en Argentina, que comienza a mitad de la década del setenta y que se profundiza en la década del noventa, se produjo una fuerte embestida sobre los trabajadores a partir de la generalización de la precarización laboral, la desocupación, el aumento de los ritmos de trabajo y el crecimiento de la pobreza.

Esta ofensiva capitalista modifica la estructura de clase del proletariado, sin embargo, por su centralidad en el modo de organización capitalista, la conflictividad obrera es un elemento fundamental para pensar los límites y contradicciones de la ofensiva capitalista que estalla en diciembre de 2001 en Argentina.

Por tanto, en este trabajo nos interesa abordar la conflictividad social en la década del noventa desde el análisis de las herramientas que desarrollaron algunos de los referentes de la literatura sociológica sobre la etapa, es decir, nos proponemos revisar las premisas de las que parten y los argumentos presentados para el análisis de la conflictividad en el período 1989-2001.

Palabras claves: Ofensiva neoliberal; clase obrera; conflictividad social; periodizaciones; sociología contemporánea argentina.

INTRODUCCIÓN

La crisis de la economía mundial de mediados de la década del setenta condujo a la necesidad de una reconversión o una reestructuración del modo capitalista de acumulación. Desde principios de la década del ochenta, y generalizándose en la del noventa, comenzó a imponerse un modo de acumulación caracterizado por un aumento de la plusvalía absoluta y relativa, a

· Este trabajo es una versión corregida de un apartado del capítulo Conflictividad de la tesina de Licenciatura en Sociología "Conflictividad social y dominación política en Argentina, 1989-2001" de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

partir de procesos que transforman las condiciones de producción de valor y la extracción de plusvalor, como lo son la incorporación de tecnología, la intensificación de los ritmos de trabajo y la reducción de los salarios, junto con la flexibilización laboral, la precarización y la desocupación. En el caso argentino de la década de los noventa, el proceso de reestructuración capitalista estuvo vinculado con este proceso mundial y constituyó la forma concreta en que la burguesía local se insertó en el modo de acumulación neoliberal.

Esta ofensiva capitalista modifica la estructura de clase del proletariado. Sin embargo, por su centralidad en el modo de organización capitalista, la conflictividad obrera es un elemento fundamental para pensar los límites y contradicciones de la ofensiva capitalista que estalla en diciembre de 2001 en Argentina.

Dicha ofensiva no se desarrolló sin constantes resistencias y estas resistencias se manifestaron con un carácter inicialmente defensivo pero que abren un nuevo ciclo de experiencia para las luchas de las clases populares.

Por tanto, pensar la dinámica de la conflictividad en esta etapa nos interesa en términos de las herramientas que proponen los distintos análisis ensayados y las caracterizaciones de los conflictos que se desarrollan. Es de particular importancia para este trabajo el análisis de los distintos componentes de las acciones de lucha, y como se presentan a lo largo del período condensándose en los hechos de diciembre de 2001, marcado por la existencia de una experiencia colectiva compartida y acumulada de las luchas.

En el presente trabajo se analizarán las herramientas que desarrollaron algunos de los referentes de la literatura sociológica sobre la etapa, nos referimos a los análisis de A. Bonnet, de A. Piva y de los realizados por el equipo de investigación del PIMSA.

BONNET Y EL MODO DOMINANTE DE DESENVOLVIMIENTO DE LA LUCHA DE CLASES

Como primer elemento para el análisis de la conflictividad social A. Bonnet, va a distanciarse tanto de las perspectivas de análisis que conceptualizan a la década de los noventa como un proceso en el cual se da un pasaje de una matriz sindical o laboral a una matriz ciudadana, como así también, de las perspectivas que centran sus análisis en las luchas sindicales como eje explicativo.

Por cierto, el autor identifica variaciones en los grados de intensidad de la conflictividad, y también cambios cada vez más profundos en las características de las luchas sociales. Estas características serán las constitutivas de lo que A. Bonnet denomina modo de desenvolvimiento de la lucha de clases. Es decir, esta noción le permite al autor observar un desplazamiento de la lucha sindical a la lucha no-sindical, aunque -y Bonnet se

ocupa de dejarlo en claro- como modalidades dentro de la misma lucha de clases entre trabajo y capital.

En el análisis de la conflictividad social que realiza A. Bonnet, se identifican tres etapas. La primera entre 1989 y 1993; la segunda entre los años 1994 y 1998; y la tercera etapa entre 1999 y 2001.

La primera etapa se caracteriza por las luchas sindicales de los trabajadores del sector público en oposición a las privatizaciones y a los procesos de racionalización de las estructuras administrativas del Estado, siendo los trabajadores los actores que desempeñaron el papel central en la lucha de clases de la primera mitad de la década de los noventa¹.

Sin embargo, en los márgenes de estas luchas comienzan a registrarse otras protagonizadas por otros sujetos, caracterizadas por otros reclamos y por otros modos de organización. A. Bonnet, en referencia al primer distanciamiento respecto de otras perspectivas teóricas, sostiene que estas luchas en los márgenes no expresan una “matriz ciudadana” (Schuster y Pereyra, 2001), sino nuevas modalidades de la lucha de los trabajadores a las que se suman luchas protagonizadas por otros sectores subalternos. Así, el autor analiza los casos de Hipasam y Somisa como una articulación de las luchas no-sindicales con las modalidades más tradicionales de lucha sindical². Por lo tanto, esta articulación “...no consistía en un simple agregado o combinación, sino que desembocaría en un nuevo modo de desenvolvimiento de la lucha de clases. Es importante recordar asimismo que esta articulación no incluía de ninguna manera a la clase trabajadora en su conjunto sino, fundamentalmente, a los trabajadores del sector público que habían perdido sus puestos de trabajo en algunas ciudades del interior” (Bonnet, 2008 p. 352).

Pues bien, el resto de la clase trabajadora continuaba abordando las luchas sindicales en forma tradicional, como la huelga de la CGT de 1992, la huelga de Fate de 1991, la huelga de los metalúrgicos de 1992, como así también como las ya mencionadas huelgas de telefónicos, ferroviarios y docentes.

Dentro de las luchas sindicales, A. Bonnet considera que si bien el método de las huelgas arrancarían algunas concesiones a las empresas como aumentos salariales, estas serían desbordadas por la ofensiva capitalista en curso dentro y fuera de las empresas. Asimismo plantea que estas huelgas sindicales no

¹ En esta etapa podemos encontrar conflictos como los de telefónicos, trabajadores de Aerolíneas, ferroviarios; a los que Bonnet agrega conflictos docentes, o más puntuales como en Acindar, Somisa, Hipasam, Banco Nación, Astillero Río Santiago, Altos Hornos Zapla y Yacimiento Río Turbio.

² La huelga y la marcha a Plaza de Mayo de los trabajadores de Hipasam era acompañada por cortes en la ruta 3 que encabezaban las esposas de los trabajadores y parte de los habitantes de Sierra Grande; las esposas de los trabajadores metalúrgicos de Somisa encabezaban un corte de la ruta 9 por parte de los habitantes de San Nicolás, mientras los trabajadores luchaban por no ser cesanteados a raíz de una huelga que sería declarada ilegal en 1991. Además de estas, también estuvieron las huelgas y movilizaciones sindicales de los trabajadores públicos jujeños en agosto y octubre de 1991 por reclamos de sueldos atrasados que desembocaron en piquetes, ataques a edificios, los hechos de La Rioja y Santiago del Estero en 1993, como también los conflictos en Jujuy, Tierra del Fuego, Córdoba, Catamarca, Chaco y otras provincias entre 1994 y 1995.

podieron desencadenar -aún cuando existió una situación semiinsurreccional en 2001- detrás suyo las oleadas de luchas sociales que habían caracterizado al movimiento obrero argentino hasta fines de la década del setenta.

Para la segunda etapa, A. Bonnet sostiene que esta articulación comienza a diferenciarse. La dinámica de luchas no-sindicales (que para este momento recién estaba comenzando a profundizarse con los primeros cortes de ruta y puebladas en Neuquén) se distancia de la dinámica de las luchas sindicales que culminan con las huelgas generales de 1996. Por tanto, va a considerar que las luchas no-sindicales van a imponerse como modo dominante del desenvolvimiento de la lucha de clases para esta etapa³.

Siguiendo con la argumentación del autor, hacia mediados de 1996 se producen grandes cortes de ruta y puebladas en ciudades petroleras de las provincias de Neuquén y Jujuy, donde los reclamos de los desocupados pasarían a orientarse hacia la consecución de una “reparación histórica”⁴. Los cortes de ruta son prolongados y tienen como rasgo distintivo que en ellos se producen choques con la Gendarmería. Esta modalidad de lucha tiende a decrecer durante el resto del año 1996, pero se reactiva desde el paro docente neuquino de marzo-abril de 1997, el que desemboca en los cortes de Cutral-Có y Plaza Huincul del 9 y 19 de abril de 1997 donde es asesinada por la represión Teresa Rodríguez.

El paro docente es acompañado por masivas movilizaciones encabezadas por el sindicato provincial de docentes (ATEN). A pesar de la fuerte represión, una vanguardia autodenominada fogoneros, respaldada por una pueblada de 10 a 15000 habitantes, obligó a la Gendarmería a refugiarse en sus cuarteles⁵. También destaca como novedoso el surgimiento a mediados de 1997 de cortes de ruta en el cinturón industrial que rodea la ciudad de Buenos Aires.

En el marco del distanciamiento entre las lógicas de protesta sindical y no-sindical, en esta etapa se va a producir el divorcio entre la oleada de luchas sociales provinciales y la dinámica del sindicalismo a nivel nacional, a partir del alineamiento sindical detrás de la reestructuración menemista. Este alineamiento se articula a través de la necesidad de la burocracia sindical de reacomodarse políticamente frente al nuevo tipo de conflictividad social y la

³ A. Bonnet hace referencia a un conjunto de hechos que se producen desde principios de 1995 en Córdoba, Jujuy, Río Negro, Tucumán, Salta, Chaco, Misiones, Entre Ríos, Catamarca; y desde mediados de 1995, en Santiago del Estero, Chaco, Catamarca, La Rioja, Río Negro y Misiones donde se destacan los trabajadores estatales. Este ascenso de las luchas provinciales perdería impulso durante los primeros meses de 1996 y los primeros hechos del año en Córdoba y Río Negro serían opacados por las jornadas de cortes de ruta y puebladas de Cutral-Có y Plaza Huincul.

⁴ El término reparación histórica incluye subsidios de desempleo y nuevos puestos de trabajo, obras públicas, créditos a emprendimientos comunitarios en salud y educación, cesión de yacimientos, radicación de empresas, entre otras.

⁵ También se producen cortes en mayo de 1997 en Tartagal liderados por los desocupados de YPF con adhesión de sectores de General Mosconi y Salvador Mezza; en Libertador General San Martín, Palpalá y San Pedro en Jujuy.

conversión de dicha burocracia a una nueva casta empresaria a través de su participación en las privatizaciones⁶.

Sin embargo, el autor destaca que, durante 1994 sectores sindicales alternativos de la CGT y agrupados en la CTA y en el MTA habían intentado, con cierto éxito en la coyuntura, articular estas luchas provinciales expresadas en la Marcha Federal de julio y el paro de agosto de 1994: “Ante las reiteradas postergaciones de medidas de fuerza contra la precarización de los contratos y condiciones de trabajo, varios gremios se distanciaron de la conducción de la CGT y se reunirán en una fracción disidente dentro de la CGT en marzo de 1994, el MTA”.⁷ (Bonnet, 2008)

Ante la caída de Cavallo y el anuncio del primer plan de ajuste por parte de Roque Fernández (su sucesor en el cargo de Ministro de Economía) en julio de 1996, la CGT convoca a su tercera huelga general contra el gobierno de Menem⁸. En un contexto de malestar generalizado la CGT y el MTA, con adhesión de la CTA, convocan a un nuevo paro de 36 horas con movilización para el 26 y 27 de septiembre de 1996. Este paro también alcanzaría una masividad sin precedentes arrastrando a otros sectores sociales y la movilización reuniría entre 60 y 75 mil personas en Plaza de Mayo. Mientras tanto, la CGT iba negociando con el gobierno y las patronales la legalización de la precarización de los contratos y las condiciones de trabajo, denunciadas en varias oportunidades por la CTA y el MTA. La ruptura de estas negociaciones y el lanzamiento por decreto de varias medidas de flexibilización en diciembre de 1996, desencadenaría la decisión de la CGT de lanzar, con la adhesión del MTA y la CTA, su quinta y última huelga general contra el gobierno menemista: el paro de 24 horas sin movilización del 26 de diciembre de 1996.

En la tercera etapa, A. Bonnet considera necesario analizar distintos momentos. Un primer momento va a estar caracterizado por el ascenso de luchas sociales desde mediados de 1999 hasta septiembre de 1999, asociada a la plena manifestación de la crisis económica y al deterioro del consenso de la administración Menem. Un segundo momento de descenso de las luchas sociales desde septiembre de 1999 a mayo de 2000 asociada con un impasse

⁶ Es de destacar que la CGT estuvo al margen de los conflictos que se produjeron en las provincias.

⁷ Entre los gremios que se distanciaron de la CGT y conformaron el MTA podemos ubicar a los camioneros, los aeronavegantes y los marítimos, encabezados por la UTA. Al mismo tiempo, dentro del sector sindical disidente a la CGT, está la mencionada CTA, que a criterio de Bonnet “...declaraba asimismo su autonomía respecto del Estado y los partidos políticos y encaraba intervenciones político-sindicales que superaban los márgenes de la lucha sindical, sin recalar por eso en un apoyo orgánico a los partidos políticos tradicionales, como por ejemplo la mencionada Marcha Federal de 1994. La CTA era, en resumen, la organización sindical mejor preparada para convertirse en una instancia de articulación de las nuevas luchas sociales. Y ya vimos que incluso lograría desempeñar ese papel en algunas coyunturas. Sin embargo, la dinámica de esas luchas sociales acabaría desbordando sus límites -y esos remitían, como veremos a su incapacidad de sostener consecuentemente aquella independencia política”. (Bonnet, 2008 p.367)

⁸ Convocó por la oposición al recorte de las asignaciones familiares y al pago de salarios con vales en un paro general por 24 horas para el 8 de agosto de 1996 que resultaría el más masivo del período registrado hasta ese momento y sería acompañado por una movilización de la CTA y ollas populares del MTA.

de la crisis económica y a la tregua de las elecciones y cambio de la administración⁹. Un tercer momento desde mediados de 2000, que se intensifica en octubre y se prolonga hasta la insurrección de diciembre. Esta etapa se asocia con la profundización de la depresión económica y la radicalidad de las luchas sociales que llevarán a la caída de la convertibilidad, junto con la administración de la Alianza y de lo que Bonnet define como “hegemonía memenista”.

Dentro de este tercer momento, Bonnet identifica cinco fases. La primera fase se extiende entre mayo de 2000 a marzo de 2001 donde se producen los primeros paros generales contra los ajustes del nuevo gobierno. La CGT secretaria Moyano (ex MTA) realiza un paro el 9 de junio de 2000; los docentes y otros trabajadores estatales realizaron varios paros entre mayo y julio contra los recortes de sueldos y de presupuesto educativo. Bonnet destaca a los desocupados, que después de retomar y multiplicar los cortes de ruta en las provincias se ubicaron a la cabeza de las luchas, con lo que fue la primera serie de cortes de ruta en los accesos a Buenos Aires. También, en esta fase se produce el tercer paro general contra el gobierno llevado a cabo por la CTA y las dos CGT durante 36 horas el 23 de noviembre de 2000, acompañado por cortes de ruta y ollas populares articulados por organizaciones de desocupados y otros sectores sociales. En esta fase la característica saliente es una creciente debilidad del gobierno: hacia fines de 2000 el Estado había ingresado en un virtual default de su deuda externa, lo que significaba la interrupción de cualquier financiamiento externo. La negociación del Blindaje puso de manifiesto la inminente crisis financiera, de esta manera la crisis financiera era la modalidad en que se ponía de manifiesto el fracaso de la inserción del capitalismo argentino al mercado mundial en condiciones de convertibilidad de cambio.

La segunda fase, entre fines de marzo de 2001 a mayo de 2001, se caracterizó por el hecho de que las luchas estuvieron centradas contra la reasunción de Cavallo al Ministerio de Economía y contra el anuncio de los planes de competitividad. Posteriormente las luchas se centrarán contra el retome de los ajustes permanentes (un nuevo impuesto al cheque en mayo, un recorte presupuestario en junio y la denominada ley de “déficit cero”¹⁰ en junio), y contra la negociación de la deuda externa a partir del llamado “megacange”.

En la tercera fase, desde mediados de mayo de 2001 a fines de agosto de 2001, se producen huelgas, cortes de ruta, la quinta huelga general llamada por la CGT Moyano apoyada por la CTA y la CCC, del 8 de junio de 2001 frente a los nuevos ajustes lanzados por Cavallo. Este último tuvo un decisivo impulso desde el movimiento piquetero, donde el autor destaca el plan resuelto en la Asamblea Nacional de Organizaciones Territoriales, Sociales y de Desocupados que se materializó en las jornadas de cortes de rutas durante las

⁹ Sin embargo, la nueva administración asumirá retomando el camino de los ajustes de gastos y de ingresos públicos.

¹⁰ Esta ley apuntaba a un recorte móvil de los salarios nominales del sector público y de las jubilaciones, fijado en un 13%, la supresión de incentivos y otras partidas complementarias a sueldos en la educación, recortes en los subsidios de desempleo y los presupuestos provinciales.

primera semanas de julio, la última de las cuales fue acompañada por un paro de la CTA. La CGT y la CTA lanzaron su sexta huelga general acompañada por numerosas manifestaciones y cortes de ruta el 19 de julio de 2001.

La cuarta fase, entre fines de agosto de 2001 y comienzos de diciembre de 2001 es de descenso de las luchas sociales, donde incide el momento electoral.

Es en la quinta fase, desde comienzos de diciembre de 2001 a los días 19 y 20 de diciembre de 2001, donde se produce el default de la deuda externa y el crack cambiario. Frente a esta situación, Cavallo decidió postergar el pago de las jubilaciones y amenazó con aumentar el porcentaje del recorte de sueldos y jubilaciones y suprimir el pago de aguinaldos. Una masiva fuga de depósitos y de dólares diezma el sistema financiero y llevaría al congelamiento de depósitos bancarios, y a una nueva expropiación extraordinaria que licuaría definitivamente el apoyo del gobierno y marcaría el inicio de la devaluación que terminaría con la convertibilidad. El 11 y 12 se sucedieron movilizaciones de trabajadores, de estudiantes, de ahorristas, de pequeños comerciantes y de vecinos, acompañados por cortes de ruta de desocupados y los primeros apagones y cacerolazos en Buenos Aires, Gran Buenos Aires y otras ciudades del interior. El 13, la CTA y ambas CGT lanzaron la séptima huelga general y ese mismo día se registró un primer saqueo en Mendoza. El 19 de diciembre se generalizaron los saqueos en todo el país. Los supermercados eran custodiados por policías y guardias de la infantería, y por lo tanto se registraron enfrentamientos que dejarían el saldo de numerosos muertos, heridos y detenidos. Asimismo, también se registraron enfrentamientos entre los empleados públicos y otros sectores de trabajadores ocupados con la policía, e intentos de ocupación de edificios públicos en varias de las ciudades importantes del país. En este marco se produjo la renuncia en pleno del gabinete ministerial y el presidente decretó el Estado de sitio, "...es decir, reconoció en la norma que la ciudad se encontraba sitiada en los hechos. Pero la respuesta popular a la suspensión de las garantías constitucionales (...) fue una inédita intensificación de las luchas sociales. Apenas concluyó su discurso, los golpes de cacerola provenientes de los hogares comenzaron a multiplicarse, los vecinos comenzaron a encontrarse cacerola en mano, en las esquinas más importantes de los barrios capitalinos, y a dirigirse hacia el Congreso, el Obelisco, la Plaza de Mayo (...) A la 1 de la mañana del día siguiente renunció el ministro Cavallo y comenzó una feroz represión policial en Plaza de Mayo." (Bonnet, 2008 p. 389) El 20 se inicia muy temprano con una movilización espontánea en Plaza de Mayo y una nueva represión policial a media mañana que va a desencadenar los enfrentamientos que se mantendrán hasta la tarde.

Para A. Bonnet, el movimiento piquetero es uno de los componentes más novedosos e interesantes de la escalada de luchas sociales en cuestión, y sostiene que jugó un papel decisivo en la insurrección de diciembre, en particular, en sus momentos de radicalización, ya que habían alcanzado el corazón de la city financiera.

PIVA Y LA CONFLICTIVIDAD LABORAL

A. Piva observa que la evolución de la conflictividad obrera para 1989-2001 muestra una tendencia a la caída. La ofensiva del capital plantea condiciones de retroceso para la lucha de la clase obrera, que se expresa en la caída de los niveles de respuesta en términos del promedio mensual de conflictos, y en este marco los mismos adquieren carácter defensivo, mientras que caen más fuertemente los conflictos de carácter ofensivos.

En “La década ‘perdida’”, el autor presenta una periodización de dos fases (1989-2000, y 2000-2001) y dentro de la primera de tres subperíodos.

El primero de estos subperíodos se encuentra entre los años 1989 y 1991. En este, es donde se desata el episodio final de la crisis del modo de acumulación de capital prevaleciente en Argentina desde mediados de siglo, como así también se expresa el fracaso de la estrategia dominante de la clase obrera (redistribucionista) junto con la pérdida de eficacia de la lucha salarial y la característica defensiva de los conflictos.

Para el segundo subperíodo (1992-1996), Piva va a distinguir distintos momentos de la conflictividad. Entre 1992 y 1994, se da un ascenso de la lucha motivada por los despidos, suspensiones y atrasos salariales¹¹. Para 1995 comienza una tendencia decreciente de la conflictividad que se va a profundizar en 1996, producto de la recesión que es acompañada por la reestructuración productiva, junto al crecimiento de la desocupación, el crecimiento de los despidos, la caída del conflicto salarial y posteriormente en 1996, la estabilización de la desocupación.

El tercer subperíodo (1997-2000), tiene dos momentos claramente diferenciables: el primero entre los años 1997 y 1998 donde se incrementan los conflictos en relación a un detenimiento de la tasa de desocupación junto con una cierta expansión de la economía, básicamente apoyada en el incremento de la inversión. Un segundo momento en los años 1999 y 2000, en el cual se produce una fuerte depresión económica, aumentan los despidos y la conflictividad mantiene los bajos niveles de 1996.

Piva observa que durante esta primera fase se presentan dos tendencias generales según los subperíodos antes descriptos: hay una tendencia general a la fragmentación de la conflictividad, a partir del aumento de los conflictos defensivos acompañado del aumento de los conflictos descentralizados; y en sentido inverso, una tendencia general hacia los conflictos centralizados cuando disminuye la conflictividad, con la salvedad del año 1997, donde aumenta el número de conflictos ofensivos y disminuyen los conflictos con carácter descentralizado.

La segunda fase (2000-2001), presenta un aumento de la conflictividad laboral hasta abril de 2001, tendencia que desciende cuando aumenta la conflictividad

¹¹ El autor identifica las causas de la desocupación tanto en la dinámica expulsiva del sector público como la del sector privado. A partir de 1993, los conflictos defensivos se dan a nivel de empresas y plantas.

total.¹² El autor considera que los cortes de ruta afectan por su importancia la lógica general del conflicto obrero, ya que se logra una cierta centralización organizativa del movimiento piquetero.

En “Vecinos, piquetes y sindicatos disidentes” sostiene que hay dos fenómenos que provocan la disminución del grado de respuesta de la clase obrera: por un lado, el proceso hiperinflacionario de 1989 y, por el otro, el aumento del desempleo. Además, destaca que a poco de asumir Menem, el predominio al interior de la CGT de la estrategia neo-participacionista de “los 15” dio lugar a una fractura de la central y a la conformación de la “CGT Azopardo” dirigida por Saúl Ubaldini y acompañada, hasta 1990, por la UOM de Lorenzo Miguel. Esta central buscó conservar el viejo vínculo entre Estado y sindicatos y se opuso al programa de reformas, y en particular a las privatizaciones. Para fines de 1990, esta central se disolvía luego de que el grueso de los sindicatos que la conformaban pasaran a la oficialista CGT San Martín.

Al mismo tiempo, Piva va a marcar dos etapas respecto a la dimensión política de los conflictos provinciales. La primera, desde 1993 hasta 1997, donde llega a la conclusión de que los conflictos¹³ demuestran la capacidad que tuvo el Estado para circunscribir los conflictos en el ámbito provincial. El poder ejecutivo, a pesar de que las protestas mostraron una importante capacidad de universalización de sus demandas, mantuvo frente a los conflictos los rígidos marcos establecidos por el equipo económico. La segunda, desde 1997 se pone de manifiesto las dificultades hegemónicas del Estado. Los conflictos protagonizados por los desocupados tienden a nacionalizarse en términos de sus efectos y a poner en crisis el vínculo funcional entre sindicatos y Estado, al mismo tiempo que generan dificultades para legitimar el ejercicio de la represión.

El autor agrega que desde 1996 se observa un proceso acumulativo de constitución de un sujeto y de su grado de organización. En términos de la dimensión política de los conflictos, observa un desplazamiento de los ocupados estatales a los desocupados industriales como principales protagonistas de las más importantes protestas obreras en el interior del país.

Respecto a las huelgas generales Piva plantea una discusión con Nicolás Iñigo Carrera, donde se pone de manifiesto un problema entre el número total de conflictos y las huelgas generales en relación a la centralización o descentralización de los conflictos. Según Piva, Iñigo Carrera localiza el pico del ciclo de auge de la luchas en 1996, a partir de la unidad de los cuadros sindicales en las huelgas generales, esto es la actividad conjunta y organizada de los cuadros de la CGT, CTA, MTA y CCC. Pero, por el contrario, considerara que la evolución de la conflictividad obrera (todos los conflictos

¹² En términos de la construcción de la medición de la conflictividad, veremos más adelante que Iñigo Carrera sostiene, por el contrario que la conflictividad laboral predomina en la conflictividad total.

¹³ “...el ‘santiagazo’ de diciembre de 1993; el ‘jujeñazo’ de marzo-abril de 1994; el conflicto de las ensambladoras electrónicas de Tierra del Fuego, que derivaron en el asesinato de Víctor Choque; el primer corte de ruta en Cutral-Có en 1996; los cortes de rutas y puebladas en Cutral-Có, norte de Salta y Jujuy en 1997, y los cortes de ruta de mayo y noviembre de 2000 en el norte de Salta.” (Piva, 2009 p. 25-26)

obreros, no sólo las huelgas) lo indica como el año de menor cantidad de conflictos del período. Durante 1993 y 1994, años de mayor conflictividad de la década, la CGT no convoca ninguna huelga. Sin embargo, diferente es la situación cuando se analizan las huelgas generales convocadas por la CTA y el MTA. La primera huelga es convocada en 1994, la realización de la Marcha Federal del 3 al 12 de julio de 1994 y la huelga general del 2 de agosto de ese año coinciden con el año de mayor conflictividad del período y constituyen un intento por articular y centralizar un conflicto cuyo carácter es su fragmentación.

Siguiendo este argumento, Piva plantea que: “Privilegiar la unidad de los cuadros sindicales como criterio de periodización conduce a error cuando existe un desacople entre el comportamiento del grueso de la dirigencia sindical, nucleada en la CGT, y las tendencias del conflicto obrero”. (Piva, 2009 p. 34-35)

Para el siguiente ciclo de auge (diciembre de 1999 y diciembre de 2001), sostiene que resulta difícil establecer una periodización de las luchas que abarque al conjunto de la clase obrera, sin caer en el peligro de atribuir al conjunto de la clase dinámicas que corresponden sólo a algunas de sus fracciones. En los años 1999 y 2000 hubo un ascenso de los conflictos protagonizados por trabajadores desocupados, pero fueron años de baja conflictividad de los trabajadores ocupados. Sin embargo, se produjo un ascenso de los conflictos protagonizados por ambas fracciones en 2001, pero con significaciones diferentes. Para los desocupados representa el pico del período y el momento de mayor grado de articulación y centralización organizativa desde 2000, mientras que el aumento de la conflictividad de los ocupados no alcanza a romper el período de baja conflictividad relativa iniciado en 1996.

Respecto a los hechos producidos los días 19 y 20 de diciembre de 2001, Piva plantea que los principales protagonistas son las capas medias, los desocupados y los sectores más pauperizados. Los miles de asalariados que participaron en esa protesta lo hicieron como parte de una masa indiferenciada de individuos y no en tanto clase. El sindicalismo tampoco estuvo ausente de los conflictos de diciembre de 2001: la CGT disidente y la CTA habían mantenido una importante participación durante el año convocando en forma conjunta a tres huelgas, mientras que la CTA a una cuarta. El 12 de diciembre las tres centrales llamaron a una huelga contra los límites de la extracción de “cuentas sueldo” que tuvo el apoyo, además, de la CCC y un alto acatamiento. El 20 de diciembre la CTA llamó a un paro desde la mañana y las otras dos centrales sindicales declararon una huelga en gran medida formal puesto que se realizó a las 18 horas, cuando De la Rúa ya había renunciado.

PIMSA Y LAS HUELGAS GENERALES

El Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA), en el documento “La protesta social en los ´90”, avanza en el análisis sobre las formas de protesta social en la Argentina en la década del noventa, atendiendo a sus fases ascendentes y descendentes. Los autores sostienen

que si se toma como hecho a analizar la protesta social, se debe partir de la revuelta producida en mayo-julio de 1989 y febrero y marzo de 1990.

En estas revueltas se producen saqueos y en menor medida ollas populares y manifestaciones, pero consideran que estos hechos no alcanzaron a constituirse en protesta ni se dirigió contra el Estado o el gobierno, limitándose a ser principalmente choques entre particulares¹⁴. En lo que sigue a esta revuelta, la desarticulación de las relaciones sociales que produjeron las hiperinflaciones de 1989 y 1990, genera las condiciones para el avance del proceso de privatizaciones de las empresas estatales cuyos efectos sobre los trabajadores se manifiestan en el incremento de la desocupación (abierta o encubierta) y la disminución de los salarios. Los autores consideran que si bien hubo intentos de resistencia como la llamada “Plaza del No” o el corte de ruta de los trabajadores de Hipasam, estuvieron marcados por el aislamiento obrero. A partir de estos elementos, los autores caracterizan a este período como una fase descendente¹⁵.

Con el motín de Santiago del Estero, los autores señalan un punto de inflexión en el movimiento de protesta. Esto no significa que se cierre el período contrarrevolucionario abierto en 1976, pero podría observarse indicios del inicio de una nueva fase. Los protagonistas del “santiagazo” se proponen manifestar su indignación por lo que consideran una “traición” de los funcionarios y legisladores provinciales a los “intereses del pueblo”, aunque no lo hacen en tanto trabajadores estatales, estudiantes, jubilados, sino en tanto lo que los autores denominan, excluidos del poder político. De esta manera, no se hace visible ninguna organización sindical que pueda desarrollar la organización de las acciones. Por lo tanto, la organización que se da es circunstancial y transitoria, se trata de una acción defensiva para evitar el empeoramiento de las condiciones de vida y de trabajo, aunque a diferencia de la etapa anterior aparece la delimitación embrionaria del enemigo¹⁶.

Las acciones que se realizan posteriormente al motín de Santiago del Estero, también presentan elementos de motín, principalmente ataque a sedes de gobierno tanto provinciales como municipales y residencias de dirigentes políticos.¹⁷ Los autores sostienen que en ninguno de estos hechos se desarrolla una política consiente, en el sentido de plantear una superación de las causas de la situación en que se encuentran las fuerzas involucradas, y en este sentido los hechos son considerados dentro del campo de lo “espontáneo”.¹⁸ De esta manera, el motín de Santiago del Estero indica el

¹⁴ Sin embargo, es posible considerar un saqueo como un tipo específico de cuestionamiento al derecho de propiedad privada, una de los componentes a determinar en la acción será la presencia o no de un carácter conciente.

¹⁵ Recordemos en el período anterior los 13 paros generales a la presidencia de Raúl Alfonsín.

¹⁶ Para complementar la caracterización de los autores, habría que tener en cuenta la existencia (previa al Santiagazo) del Frente de Gremios en Lucha que, según Auyero, agrupó a varios de los sindicatos mas combativos y tuvo “una participación casi semanal en marchas, demostraciones, clases publicas, sentadas, cortes de calles, durante todo el año [1993]” (Auyero, 2000 p. 61)

¹⁷ Como ocurre poco antes del Santiagazo en La Rioja en 1993, y después en Jujuy en 1994.

¹⁸ Cuando los autores refieren la “espontaneidad” del Santiagazo, no argumentan que dicha protesta surja de la nada. Lo “conciente” y lo “espontáneo” en las acciones políticas refieren a

comienzo de una fase ascendente de las luchas de la clase obrera y el pueblo. Analizando las dos formas más generales de protesta a partir de ese momento, los cortes de ruta y las huelgas generales, los autores pueden delimitar que esa fase ascendente se extiende aproximadamente hasta los primeros meses de 1997.

Desde 1996 crecen los cortes de ruta, siendo los de mayor repercusión los de Cutral-Có y Plaza Huincul y Libertador General San Martín¹⁹. En estos cortes los piquetes son para garantizar la medida; son masivos, están presentes más de una formación social, los reclamos incluyen metas generales, y aún los reclamos específicos son variados (expresándose más de una fuerza social). Es de destacar que aunque comienzan organizados en multisectoriales u otras formas semejantes, pronto surge una organización en asambleas y formas de lo que tentativamente podemos llamar “democracia directa”, lo que marca un proceso de desinstitucionalización. Lo que los autores destacan es que de los 156 hechos cuya modalidad es el corte de ruta, la mayoría los realizan asalariados, y en particular asalariados ocupados. Pero este rasgo de los cortes se modifica a partir de 1997 hasta octubre de 1999.

Respecto a las huelgas generales puede observarse un proceso semejante. De las nueve huelgas generales que se realizan durante el menemismo²⁰, salvo la

los grados de organización relativos en términos a los hechos históricos que les preceden y a los que se hace referencia. Ver infra (Castillo, 2007)

¹⁹ También se producen importantes cortes de ruta en Tartagal y Cruz del Eje en 1997.

²⁰ La primera huelga general se realizó el 9 de noviembre de 1992, fue de 24 horas, y convocada por la CGT; la segunda el 2 de agosto de 1994 convocada por la CTA y el MTA, de 24 horas; la tercera el 13 de abril de 1995 convocada por la CTA, MTA y la UOM, de 24 horas; la cuarta el 6 de septiembre de 1995 convocada por la CGT con adhesión de la CTA y el MTA, de 12 horas con movilización al Ministerio de Trabajo; la quinta el 8 de agosto de 1996 convocada en conjunto por la CGT, la CTA y el MTA, de 24 horas con movilización de la CTA y ollas populares por parte del MTA; la sexta los días 26 y 27 de septiembre de 1996 llamada por la CGT y el MTA con adhesión de la CTA, de 36 horas con movilización a Plaza de Mayo; la séptima el 26 de diciembre convocada por la CGT con adhesión del MTA y la CTA, de 24 horas; la octava el 14 de agosto de 1997 convocada por la CTA, el MTA, la CCC, la UOM y las 62 Organizaciones, de 24 horas con movilizaciones en el interior del país; y la novena el 6 de julio de 1999 convocada por la CTA en el marco de la Jornada Nacional de Protesta.

Como esta periodización llega sólo hasta 1999, no están contempladas las que se realizan desde ese momento hasta el año 2001, y si se contemplan en el documento “Las huelgas generales. Argentina 1983-2001: un ejercicio de periodización”. De esta manera, la primera huelga general al gobierno de De la Rúa se realizó el 5 de mayo de 2000 convocada el 25 de abril, por la CGT (secretaría Moyano) con apoyo de la CTA y de la CCC, en reclamo por la convocatoria al Consejo del Salario para fijar un aumento mínimo, vital y móvil entre otros reclamos salariales, junto al pedido de un subsidio para un millón de jefes de hogar y aumento de las jubilaciones mínimas. El 9 de junio de 2000 se realizó la segunda huelga general en repudio a la política socioeconómica en general y contra el ajuste y la desregulación de las obras sociales, fue convocada por la CGT (Daer) sin movilización ni cortes, por la CGT (Moyano), la CTA y la CCC. La tercera huelga se realizó el 23 y 24 de noviembre de 2000 por 36 horas convocado por la CGT (Moyano) y la CTA, con adhesión de la CCC, la CGT (Daer) convocó al para sólo para el 24. La cuarta huelga fue el 21 de marzo de 2001, de 24 horas convocada por la CGT (Moyano), la CTA y la CCC. La quinta se realizó el 8 de junio convocada por CGT (Moyano) sin movilización para “cambiar el modelo económico de hambre y miseria, salvar la Nación”, fue apoyada por la CTA y la CCC con movilizaciones y cortes. La sexta se realizó el 19 de julio de 2001 por 24 horas sin movilización convocada por la CGT (Daer), la CGT (Moyano) y la CTA con adhesión de la CCC, después de que el gobierno ratificara la rebaja salarial a empleados públicos y jubilados, la séptima huelga general se realiza el 13 de

primera, el resto se producen después de 1993 y se concentraron entre 1995 y 1996. Como mencionábamos antes, hacia fines de 1996 se observaría una tendencia a un mayor grado de unidad de la clase obrera, expresada en la unidad de sus cuadros sindicales, principalmente de la CGT, CTA, MTA y CCC que convocan y adhieren a huelgas generales, con una tendencia creciente de adhesión de fracciones sociales no proletarias como la CAME y la CGE.

Sin embargo esta tendencia se revierte desde 1997 cuando una parte de los cuadros de la CGT, excepto UOM, acuerdan con el gobierno y se oponen a las huelgas. De esta manera, los autores identifican tres momentos en el desarrollo de las huelgas generales: el primer momento en 1992-1994 donde existe una fractura entre los cuadros sindicales, con una adhesión mayor del 50% de los trabajadores y un relativo aislamiento social del movimiento obrero; el segundo en 1995-1996 en que los cuadros sindicales alcanzan su mayor grado de unidad en la acción, se produce la mayor cantidad de huelgas generales; y el tercero desde 1997-1999 en que se produce nuevamente una fractura de los cuadros sindicales, menos huelgas generales, menos adhesión de los trabajadores y mayor aislamiento social.²¹

Continuando este análisis -a partir del documento "Algunos rasgos de la rebelión en Argentina"-, los autores se van a plantear algunos problemas acerca de los sujetos, las formas de lucha y de organización, el desplazamiento espacio temporal y las metas de rebelión, en relación al problema del grado de constitución de una fuerza social popular, para analizar los rasgos de la rebelión en Argentina entre 1993 y 2001.²² Los tres momentos de su periodización son: el primer momento ascendente (diciembre de 1993-agosto de 1997); el momento descendente (septiembre de 1997-diciembre de 1999); y el segundo momento ascendente (diciembre de 1999-diciembre de 2001).

Respecto a las formas y los instrumentos de lucha, los autores sostienen que en los tres momentos las manifestaciones constituyen el principal instrumento, que incluyen marchas, concentraciones, asambleas públicas, entre otras. En el primer momento ascendente las huelgas ocupan el segundo lugar, pero su

diciembre de 2001 declarada por la CGT (Daer), la CGT (Moyano) y la CTA, con adhesión de la CCC y de partidos de izquierda exigiendo la renuncia del ministro Cavallo y contra las medidas económicas del gobierno, que imponen una bancarización de la economía al mismo tiempo que impiden retirar de los bancos sueldos y depósitos. El 20 de diciembre se producen la huelga de la CTA de 24 horas por la mañana y otra huelga declarada por las dos CGT desde las 18 horas.

²¹ "Pero el desarrollo de los hechos a partir de la segunda mitad de 1997 muestra que la fase ascendente desarrollada desde el motín de diciembre de 1993 llegó a su fin. Se refuerza el carácter corporativo de las reivindicaciones, el aislamiento de la clase obrera y todo se canaliza hacia la disputa electoral.

Aunque la clase obrera mantiene un lugar central en las luchas del período, a partir de 1997 son los pequeños propietarios y otras fracciones los que logran teñir nuevamente la protesta con sus rasgos, mientras desaparece la unidad en la lucha de los asalariados, más aislados socialmente. Con la formación de la Alianza todo parece encauzarse dentro de los límites del sistema institucional.

Justamente es después del acceso de esa agrupación política al gobierno que comienzan a observarse elementos que parecen señalar el comienzo de una nueva fase ascendente." (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2000 p. 181)

²² Sobre una base de 7643 registros: 1090 para el momento ascendente, 1299 para el momento descendente y 5254 para el segundo momento ascendente.

peso relativo disminuye en los otros dos momentos. Sin embargo, no sólo no desaparecen sino que su número aumenta en los momentos ascendentes, mientras que los cortes de ruta o calles se encuentran entre los instrumentos más utilizados, que tienden a aumentar en todo el ciclo hasta llegar a ser un tercio del total en el segundo momento ascendente, acercándose a las manifestaciones. Para en el segundo momento ascendente aumenta el peso relativo de los saqueos de supermercados y otros comercios, que se producen en su casi totalidad en diciembre de 2001. Por último, los autores consideran, que en el desarrollo del ciclo se observa un creciente uso de los cortes de ruta y calles, mientras que el uso de la huelga se mueve en sentido inverso.

En cuanto a los sujetos, el protagonismo de los trabajadores asalariados (ocupados y desocupados) en las acciones resulta evidente. En el primer momento ascendente el 66.8% de las acciones son realizadas por asalariados, solos o junto con otros sectores sociales. En el momento descendente la cantidad de acciones que llevan a cabo los asalariados disminuye tanto en términos absolutos como relativos respecto del momento anterior, mientras que aumentan los hechos que realiza la pequeña burguesía. En el segundo momento ascendente, las acciones de los asalariados crece, pero su peso relativo disminuye por el incremento de acciones de otros sujetos sociales. Estos serían los “pobres, villeros, sin techo, sin tierra” que en su gran mayoría realizan saqueos. Sin embargo el número de estas acciones es siete veces menor al número de acciones realizadas por los asalariados²³. En este último momento se observa el crecimiento de la proporción de acciones realizadas conjuntamente por ocupados y desocupados.

Pues bien, respecto a la organización convocante de las acciones, los autores observan una preponderancia de la organización sindical, mientras que las organizaciones de desocupados crecen en el segundo momento ascendente.

Respecto a la jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, los autores plantean un debate sobre su conceptualización, analizando las categorías usualmente más utilizadas: “rebelión popular”, “argentinazo” e “insurrección destituyente”.

El hecho se constituye como unidad de las distintas acciones de los diferentes sujetos y por esa razón los autores consideran necesario periodizarlo. Este hecho comienza con la articulación del paro general del 13 de diciembre de las distintas formas que hasta ese momento se daban por separado, y culmina con una nueva articulación por fuera del sistema institucional, el 20 de diciembre, a

²³ Los autores sostienen que: “Los principales protagonistas de la rebelión en los ‘90 fueron los trabajadores ocupados. Del total de acciones realizadas por trabajadores asalariados, en los tres momentos la mayoría corresponde a los ‘asalariados ocupados’: 78.4% en el primer momento ascendente, 83.1% en el momento descendente y 60.7% en el segundo momento ascendente. Aún en 2001, año en que el ‘movimiento piquetero’ se encuentra en pleno desarrollo, el principal protagonista de la rebelión son los trabajadores ocupados. Pero, a la vez puede observarse el importante incremento en la cantidad de acciones realizadas por los asalariados desocupados, que en el segundo momento ascendente alcanzan algo menos de una cuarta parte del total. Es este rápido incremento en el último momento unido a la difundida falacia acerca de la desaparición de la clase obrera, lo que alimenta la imagen de que son los ‘desocupados’ los protagonistas principales de la rebelión en los ‘90”. (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2000. p. 132)

partir de las movilizaciones de aquellos actores que están menos insertos en el sistema institucional, en los días previos. Esta articulación tiene como característica central que todos los sujetos que se han movilizadado en esos doce años ahora lo hacen simultáneamente en los nueve días comprendidos entre el 12 y 20 de diciembre.²⁴

Por último, respecto al momento del combate, los autores observan los siguientes rasgos: se descorporativiza la movilización constituyéndose en una situación de masas; hay disposición a la lucha por parte de esas masas; se concentran los instrumentos de lucha utilizados en todo el proceso de rebelión; los que participan directamente en el enfrentamiento son quienes se encuentran menos insertos en el sistema institucional político jurídico, es decir, los excluidos del poder político; su meta es antiimperialista y democrática en el sentido de influir sobre el gobierno del Estado para poder imponer sus intereses, la meta que está potencialmente presente es la transformación de raíz de la sociedad y, en ese sentido, se vincula con el interés histórico de la clase obrera, en tanto expropiada de sus condiciones materiales de existencia.

En suma, los autores conceptualizan el hecho como una insurrección espontánea señalando a la muchedumbre en la calle, no organizada, que espontáneamente levanta barricadas, dando lugar a una lucha en que las masas pasan por encima de las organizaciones como su rasgo principal. Se postula un pasaje de "multitud" a "masas", que los autores verificarían el 20 de diciembre ya que existe disposición a la lucha. Se ha producido la descorporativización. Si bien la lucha callejera se produce contra la fuerza armada del gobierno, las Fuerzas Armadas del Estado han sido acuarteladas. Este hecho supera todas las formas de rebelión presentes en los últimos doce años en Argentina y en este sentido constituye el punto de llegada de un proceso. La insurrección espontánea propiamente dicha es el combate en Buenos Aires. Aunque sin este combate no habría insurrección, sin las experiencias dadas en el interior que preceden al combate, tampoco hubiera habido insurrección.

CONSIDERACIONES FINALES

Hemos analizado las herramientas teóricas-metodológicas con las que Bonnet, Piva e Iñigo Carrera y Cotarelo proponen abordar la conflictividad social de la década del noventa. Los autores presentan distintos recortes en las periodizaciones de la conflictividad, presentan modificaciones en los sujetos que luchan, modificaciones en las formas de lucha y distintas consideraciones sobre las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001.

En este punto es necesario destacar al menos tres cuestiones que dejan planteados estos análisis. La primera, como característica general, podemos sostener que existe una clara diferenciación respecto de las perspectivas de la

²⁴ Los sujetos que se activan fueron desde el comienzo, los trabajadores ocupados y desocupados -que protagonizaron la huelga general con movilización-, también la mayor parte de las acciones fueron llevadas a cabo por capas más pobres del proletariado y fracciones de la pequeña burguesía asalariada y no asalariada.

conflictividad que observan en el retroceso del movimiento obrero, una condición absoluta de los nuevos movimientos sociales.

La segunda refiere al debate que gira en torno a la centralización o descentralización del conflicto social. Consideramos que privilegiar la unidad de los cuadros sindicales en las huelgas generales como criterio de periodización conduce a asimilar el comportamiento de la dirigencia sindical con el grueso de la clase obrera, donde se corre el riesgo de atribuir al conjunto de la clase dinámicas que sólo corresponden al sector de la dirigencia sindical.

Sin embargo, el análisis de la descentralización de los conflictos a partir de la observación de la conflictividad laboral en términos cuantitativos, conlleva el riesgo de perder de vista elementos relevantes para comprender la dinámica de la conflictividad social. En este sentido, se pierde de vista que la descentralización de la negociación colectiva en el contexto de suspensión de las negociaciones salariales a nivel nacional por rama o por industria, es uno de los determinantes de la descentralización de la conflictividad laboral.

Y la tercera, hace referencia a la posibilidad de postular una distinción cualitativa respecto de los análisis sobre la conflictividad en los noventa. Consideramos importante retomarlos críticamente para construir un denominador común que exprese la relevancia del ciclo de lucha y al mismo tiempo permita dar pautas de explicación en términos objetivos y subjetivos sobre el período en su conjunto, esto es: ¿por qué un modo de desenvolvimiento de la lucha de clases -como lo denomina Bonnet- se cristaliza en las jornadas de diciembre de 2001, sin sobreestimar el carácter objetivo de la crisis del esquema de convertibilidad?; ¿por qué es posible ligar la radicalización de los métodos de lucha de la segunda mitad de la década con el proceso general? En este sentido, sostenemos que esto es posible si pensamos en términos de lo que plantea C. Castillo, esto es, lo que se produce en términos de la lucha de clases es un proceso de acumulación de experiencia política de los sectores populares que permite, junto con la crisis económica y en el marco de las modalidades dominantes de la lucha de clases, una impugnación activa y masiva al régimen aunque no se propone clara ni concientemente la toma del poder político.

De este modo, desde el Santiagazo en 1993 hasta las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 es posible observar que las acciones van desde las revueltas provinciales que hacen caer a gobiernos provinciales o nacionales; pasando por el reclamo de trabajo genuino, tendencias a la autodefensa, formas de poder territorial como el piquete y el corte de ruta en los levantamientos de desocupados; las huelgas generales que en algunos casos se coordinaron con acciones entre ocupados y desocupados; la ocupación de fábricas y la experiencia de gestión obrera frente a los cierres y despidos; hasta las tendencias a la coordinación de los distintos sectores en lucha como lo fueron la Coordinadora del Alto Valle en Neuquén, los Encuentros de Fábricas Ocupadas y las Asambleas piqueteras; constituyen los elementos que se acumulan en una experiencia que plasmará todas esas formas en las jornadas del 19 y 20.

BIBLIOGRAFÍA

-Auyero, Javier (2000). El juez, la reina y el policía. Etnografía, narrativa y los sentidos de la protesta. *Apuntes de Investigación del CECYP n° 6*.

-Bonnet, Alberto (2008). *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*. Prometeo Libros. Buenos Aires.

-Castillo, Christian (2007). Acumulación de experiencias y desafíos de la clase obrera argentina” en *Los ‘90: fin de ciclo. El retorno a la contradicción*. Final Abierto. Buenos Aires.

-Cotarelo, María Celia e Iñigo Carrera, Nicolás (2004). Algunos rasgos de la rebelión en Argentina. 1993-2001. *PIMSA. Documento de trabajo n° 49*.

-Ghigliani, Pablo (2008, septiembre 26 al 28). Acerca de los estudios cuantitativos sobre conflictos laborales (1973-2008): reflexiones sobre sus premisas teórico-metodológicas. En Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos.

-Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia (2000). La protesta social en los ‘90. Aproximación a una periodización. *PIMSA. Documento de trabajo n° 27*.

-Piva, Adrián (2001). La década ‘perdida’: Tendencias de la conflictividad obrera frente a la ofensiva del capital (1989/2001). Cuadernos del Sur.

-Piva, Adrián (2009). Vecinos, piqueteros y sindicatos disidentes. La dinámica del conflicto social entre 1989 y 2001. En Piva, Adrián y Bonnet Alberto (comp.). *Argentina en pedazos: luchas sociales y conflictos interburgueses en la crisis de la convertibilidad*. Continente. Buenos Aires.

-Schuster, Federico y Sebastián Pereyra, (2001). La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política. En Giarracca, Norma, ed., *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Alianza Editorial, Buenos Aires.